

El arrobamiento místico en dos novelas cortas de Florencio M. del Castillo: *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles*

El alma no puede vivir sin amor.
Santa Catalina de Siena

No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho.
Teresa de Jesús

I

En octubre de 1907, Luis Castillo Ledón afirmaba en las páginas de *El Diario de México* que la historia de la novela mexicana hasta ese momento podía sintetizarse y dividirse en cuatro épocas:

Primera: en plena dominación española. Don Francisco Bramón es el primero en escribir novela; le sigue todo un grupo de novelistas, y entre ellos llega a distinguirse don Joaquín Fernández de Lizardi con su *Periquillo sarniento*. Segunda: después de la Independencia. Una vez pasadas las revueltas civiles, y como a los cuarenta años de la aparición del *Periquillo*, don Anastasio María de Ochoa es el primero en volver a cultivar el género novelesco; y Justo Sierra (padre), Fernando Orozco y Berra, Manuel Payno, Florencio M. del Castillo y Juan Díaz Covarrubias se distinguen como los mejores novelistas. Tercera: la que se inició al mediar el siglo XIX. Tiene como representantes sobresalientes a Ignacio M. Altamirano, José T. de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Pedro Castera, Emilio Rabasa, Juan A. Mateos, Ireneo Paz y Enrique Olavarría y Ferrari. Cuarta: la actual de fines del siglo XIX y principios del XX.¹

Y sobre Florencio M. del Castillo (1828-1863), a quien consideraba sobresaliente de entre los narradores del segundo periodo, marcaría una distinción siendo “el primer *nouvelliste*, digno de tomarse en cuenta, que tuvimos”,² sus *nouvelles* o novelas cortas “merecen mencionarse”.³

Curiosa y lamentablemente, esta favorable recepción por parte de la crítica y sus lectores decimonónicos, entre ellos Ignacio Manuel Altamirano y José Zorrilla,⁴ no encontró eco

¹ Luis Castillo Ledón, “La novela mexicana”, *El Diario de México*, 28 de octubre de 1901, p. 6.

² *Idem*.

³ *Idem*.

⁴ José Zorrilla fue el primero en adjudicarle el parentesco con el escritor francés Balzac. *Vid.* José Zorrilla, *La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos don José Zorrilla*, México, Imprenta del Correo de España, 1855, T. I, pp. 509-510. Ignacio Manuel Altamirano continuó con la opinión de aquel. *Vid.* Ignacio Manuel Altamirano, *Revistas Literarias de México*, México, T. F. Neve, Impresor, 1868, p. 49. Y fue él quien bautizó al del Castillo como el “Balzac de México”. *Vid.* Ignacio Manuel Altamirano, “Florencio M. del Castillo (Estudio biográfico)”, *El Renacimiento. Periódico literario*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, 1869, T. I, p. 501.

durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Su importancia como uno de los primeros escritores de narraciones cortas en México se vio opacada a causa de los prejuicios alrededor de su característico “sentimentalismo” romántico. La mayoría de las aproximaciones críticas modernas a la obra de Florencio M. del Castillo ha prejuiciado esa veta sentimental que discurre en torno al amor, en tanto que sentimiento extático emanado de la tradición cristiana, pasándola por alto, mencionándola de manera superficial o incluso denostándola. *Verbi gratia*, estas duras palabras del propio José Luis Martínez hacia 1970:

En la década de los años cincuenta y al principio de los sesenta se publican novelas costumbristas, de crítica social y de tema amatorio [...] Florencio M. del Castillo (1828-1863), meloso y pesimista, compuso una galería de infortunios amorosos. *Hermana de los ángeles* (1850) refiere la abnegación de una mujer que sufre mientras su amado se entrega a la lujuria.⁵

Pocos, entre ellos dos de sus presentadores y prologuistas, lograron advertir en el entramado entre dicha “sensiblería” y en la extensión de sus *nouvelles* el despliegue de una poética, de “pasiones más complejas de lo que era frecuente ver en las obras de la primera mitad del siglo pasado, en México”⁶. Entre ellos, Francisco Zarco comprendió que en sus páginas se descende

a todas esas regiones tristes en que no se ve más que la materia, para elevarse con vuelo más atrevido a las regiones etéreas del alma. Sabía profundizar los misterios íntimos del corazón, observar el desarrollo de las pasiones, sus causas, sus efectos; su amargura al encontrarse con ciertas llagas sociales no tomaba el tinte sombrío de la desesperación; en sus pinturas más melancólicas del infortunio, había siempre algún encanto, algún colorido apacible que las llenaba de luz... Se descubría que el escritor no había perdido la fe, y que por cruel que a veces le fuera el estudio de la sociedad y del hombre, entreveía siempre una vida mejor, y aspiraba a hallar la senda que condujera a la perfectibilidad del espíritu...⁷

Donde lectores y estudiosos modernos encontraron un romanticismo exagerado, Zarco percibió un espiritualismo “altamente filosófico y moral”,⁸ que impregna la obra de Castillo, “tan etérea, tan metafísica”,⁹

⁵ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, *Historia general de México*, México, COLMEX, 2000, p. 727.

⁶ E. L., “Presentación”, Florencio M. del Castillo, *Hermana de los ángeles*, México, Premia, 1982, p. 8.

⁷ Francisco Zarco, “Hermana de los ángeles por D. Florencio María del Castillo”, *La Ilustración Mexicana*, T. V, México, 1855, p. 153.

⁸ *Op. cit.*, p. 154.

⁹ *Idem.*

porque en fin, tiende a corregir, a purificar las pasiones, y habla a los hombres de Dios, del cielo, de los inmensos tesoros que guardan en su alma, y de los que parecen olvidarse cuando se entregan a placeres de un instante, cuando reniegan después de la existencia, sin saber que en sí mismos, en su sensibilidad, en su inteligencia, tienen el alivio de sus males [...] de amor espiritual, de amor platónico, de almas hermanas... toda la esencia de las doctrinas espiritualistas, que han hecho del amor una cosa santa [...] Aquel amor de Platón, en que un alma es mitad de otra alma; aquel amor que tiene tanto de divino y que es la perfección del hombre de que hablan los apóstoles y los santos padres, aquel amor, unión estrecha de almas humanas, creadas la una para la otra, que se encuentran en los escritos de varios filósofos alemanes; tal es lo que llena el libro de Castillo; pero no explicado en teoría, sino puesto en práctica, animado tan dramáticamente como puede serlo aquello en que apenas toman parte los sentidos. El autor presenta reflexiones nuevas e interesantes, pensamientos llenos de delicadeza, profundas observaciones morales; gustando de elevarse a las regiones del espíritu, se conoce que le cansa descender a las descripciones de sus personajes, que está de prisa cuando se ocupa de esos detalles, y que desea sólo poder volver al estudio de sus almas.¹⁰

Pues bien, el presente estudio atiende a ese carácter definitorio en la poética de Florencio M. del Castillo en dos de sus novelas cortas, *La corona de azucenas* (1849) y *Hermana de los ángeles* (1854), para comprender su diálogo con la idea y la práctica del amor místico que desea vehementemente, superado el erotismo del cuerpo, el logro de los esponsales con Cristo, fascinación mediante la cual el alma reorienta la lujuria del cuerpo hacia el arrobamiento espiritual del amor ágape. Parto del supuesto según el cual Florencio M. del Castillo es uno de los precursores no solo de la narrativa breve romántica mexicana, sino también de la de corte sentimental,¹¹ y reflexiono en torno a dichas novelas cortas apoyándome en el arrobamiento místico¹² como clave de lectura, pues gran parte del concepto de amor que propone se nutre eclécticamente, además de la Biblia y otros escritos de la tradición católica, de los planteamientos de otros autores románticos como Schlegel, Schelling y Novalis, quienes a su vez reinterpretaron la concepción de Platón, los neoplatónicos y los místicos

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 154-155.

¹¹ Al respecto, Luis Leal dejó registrado en su *Breve historia del cuento mexicano*: “Florencio M. del Castillo tiene el honor de ser el primer escritor mexicano que se haya dedicado por completo a cultivar la novela corta y el cuento. Si bien no el primero en hacerlo, la novedad de los temas y la pintura de los sentimientos causaron gran impresión y despertaron el interés por este género [...] De mayor atractivo para nosotros son los cuentos *Botón de rosa* (1854) y *Suicidarse por mano ajena*. El primero es, como las novelitas, de corte romántico sentimental.” México: Eds. de Andrea, 1956, pp. 41-42. “El cuento sentimental, o romántico retardado, que cultivan Altamirano, Castera y Sierra es el descendiente directo del cuento romántico de Florencio M. del Castillo. Su principal característica es el predominio de los sentimientos.” *Ibid*, p. 52.

¹² Para ahondar más en el tema, *cfr.* Juan Martín Velasco. *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Madrid, Editorial Trotta, 1999. Juan Martín Velasco *et al.* *La experiencia mística. Estudio interdisciplinar*, Madrid, Editorial Trotta, 2004.

respecto a ese sentimiento. Al igual que Stendhal en su famoso ensayo *Del amor*, del Castillo también intentaría ofrecer desde este lado del mundo una respuesta a la polémica de la naturaleza del amor en Occidente, generada por la contradictoria revolución romántica. La particularidad de *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles* reside en el concepto de amor espiritual, diferente del de la narrativa de sensibilidad¹³ o de la narrativa romántica “de amores contrariados”¹⁴, que brinda una posible solución a las preguntas ¿existe el amor?, ¿qué es?, ¿cómo debe ser?, pero encaminada más hacia la búsqueda de los principios y las condiciones religioso-morales de este sentimiento entre mujeres y hombres. Su poética no busca fundar una sensibilidad exclusivamente masculina o femenina¹⁵ ni tampoco registrar los obstáculos de clase, raza o bando político en contra del amor,¹⁶ sino el conflicto interno generado por éste.

Ambas novelas cortas¹⁷ ensayan una representación inductiva de un mundo internalizado (religión/amor/moral) y mediante sus respectivos títulos, anticipan dos historias, cuyos protagonistas serán personajes femeninos vírgenes suficientemente virtuosos y jóvenes como para, en la primera, merecer una corona de azucenas en su lecho de muerte y, en la segunda, ser llamada “hermana de los ángeles”.

II

Como ya bien apuntó Francisco Pimentel en *Novelistas y oradores mexicanos* (1904), para juzgar con acierto las narraciones de Florencio M. del Castillo “es preciso colocarse en la situación misma del autor, en la de creyente. Castillo no sólo manifiesta ser católico, sino que

¹³ Vid. Ana María Chouciño Fernández, *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, Xalapa, UV, 2003.

¹⁴ Vid. Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Ariel, 1998.

¹⁵ Vid. Juan Ignacio Ferreras, *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)*, Madrid, Taurus, 1973. Armando Durán, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos, 1973. Beatriz Sarlo, *Signos de pasión. Claves de la novela sentimental del Siglo de las Luces a nuestros días*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

¹⁶ Vid. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, FCE, 2004.

¹⁷ Siguiendo lo anotado por Alfredo Pavón, entendemos este género con las siguientes características básicas: el cuento se construye alrededor de un evento único, preferentemente también con espacio y tiempo únicos, con pocos personajes, privilegiando la acción sobre las descripciones. El cuento, más que omisión es destilación, tiende a la concentración diegética; a diferencia de la novela corta o la novela, no busca el aplazamiento narrativo ni la creación profunda de personajes. Para lograr ese concentrado diegético requiere de una historia central, escasas intrigas, mínimo reagrupamiento de personajes y breves detalles tempo-espaciales así como informes sucintos sobre las motivaciones que llevan al enfrentamiento entre estos, *Al final, Recuento I. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837*, México, UAM-I/BUAP, 2004, pp. 75-97.

ensalza el catolicismo, sus sacramentos y ceremonias. Cuando censura algo relativo al orden religioso, lo hace únicamente con los abusos, como la tendencia vulgar de materializar demasiado el catolicismo, creencia idealista y espiritual”.¹⁸ *La corona de azucenas* cuenta la historia de Soledad, una monja de 20 años que, debido a su orfandad y pobreza, ingresa muy niña al convento, pero en lugar de encontrar refugio en la vida monacal, se entabla en ella una lucha entre los goces mundanos y los deberes religiosos, dando por resultado un sufrimiento físico y moral. Su mal aumenta porque se enamora de su confesor, el Padre Rafael, quien también experimenta el mismo sentimiento hacia ella. Entre el amor humano y el amor divino, vence el segundo. Ambos resisten la prueba poniendo freno a sus pasiones, pero Soledad enferma de gravedad y muere santamente, no sin antes dejar en herencia para Rafael la corona de azucenas que ella misma había tejido para su tumba. La novela termina con el confesor saliendo de la Ciudad de México, decidido a predicar la fe de Jesucristo en el Norte del país. *Hermana de los ángeles* relata cómo Manuel, joven violinista ciego cae en la lujuria, aunque se redime muy tarde en el lecho de muerte de su ángel del hogar, Rafaelita. El tiempo de la historia es de más de veintisiete años: se nos cuenta cómo ambos crecen juntos, padecen las muertes de sus respectivos padres, sufren desgracia tras desgracia, adoptan a Lorenzo, contraen matrimonio y cómo, a partir del encuentro de Manuel con Dolores –mujer viciada–, aquella unión espiritual entre los tres personajes es violentada por la crisis pasional del violinista ciego, al punto de que Lorenzo muere en nombre de la virtud de Rafaelita cuando el hermano de Dolores, don Diego, intenta ultrajarla y ésta, a su vez, fallece en nombre de la salvación de Manuel, quien finalmente se queda solo pero dispuesto a vivir en honor al sacrificio de Rafaelita.

La mayoría de la narrativa romántica relata la historia de un amor imposible, cuyo trágico final, y donde comúnmente fallece el personaje femenino, se debe a la intervención de fuerzas externas opuestas a la realización plena de aquél: los enamorados son víctimas de algún obstáculo social –diferencia de clases, razas o por la existencia de vínculos consanguíneos–, político, de una enfermedad o de varias de estas situaciones a la vez. Pero, para las protagonistas de *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles* el impedimento resulta fundamentalmente de un orden interno tripartita: religión-amor-moral. La especificidad

¹⁸ Francisco Pimentel, “Novelistas y oradores mexicanos”, *Obras completas*, T. V, México, Tipografía Económica, 1904, pp. 327.

discursiva en ambas novelas cortas reside, pues, en el amor sublime experimentado por Soledad, Rafael, Manuel, Rafaelita y Lorenzo quienes, a diferencia de otros personajes románticos, comparten características similares debido a una congruencia mutua entre las almas. Por esta razón, su interioridad se convierte en el principal escenario de los acontecimientos. En el caso de la monja, su alma

aspiraba a la inmortalidad; se hallaba [...] como una esencia volátil, comprimida en un frasco, que tiende hacia la parte superior y procura evaporarse. Sin instrucción, el solo instinto casi, le indicaba a la joven que no puede menos de haber otro mundo superior en donde Dios recompense a los que en esta vida solo han hallado dolores y lágrimas [...] Al verla inmóvil, de rodillas, horas enteras, la vista sin brillo, insensible a todo lo que la rodeaba, hubiera, podido decirse, que efectivamente su espíritu había volado a otras regiones.....Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginación, exaltada desde la infancia, había adquirido mayor poder y mayor extensión en la soledad y el silencio de los claustros; concentradas sus ideas en un solo punto, hacia el cual había hecho converger todas sus facultades, su cerebro poseía, si podemos explicarnos de esta manera, mayor claridad, como un reverbero dentro del cual se concentran los rayos de la luz; su alma, completamente libre de los sentidos, tendiendo a exhalarse [...]¹⁹

Una idea generalizada en el México de la primera mitad el siglo XIX era aquella según la cual “Las pasiones, no contenidas por una verdadera religión, producen vicios y defectos”,²⁰ y aquél interesado por la humanidad –el escritor– “conoce que merecen censura y represión”²¹ y debe enseñar “sin pretensiones; corregir sin aire autoritario; dar reglas de moral y de sabiduría sin erigirse en legislador”²² mediante una literatura inspirada en

la luz vivificadora del cristianismo; la nobleza de los tiempos caballerescos, origen de la poesía de los trovadores, de aquellos hombres que siempre hablaban de amor, como dice Petrarca, y que en el canto erótico no ensalzan como lo antiguos la belleza y la gracia, sino la virtud y la generosidad [...] reconoce la excelencia de la mujer, que eleva el amor a un grado de sublimidad y de abnegación, de espiritualismo y de desinterés [...] El amor, ese sentimiento puro, inmaculado, que suaviza las costumbres.²³

Desde este punto de vista, el sentimiento amoroso representado a través de los personajes en *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles*, circunscrito al de tipo platónico,

¹⁹ Florencio M. del Castillo, “La corona de azucenas”, *Obras completas*, México, Imprenta en la Calle Cerrada de Santa Teresa Número 3, 1872, pp. 65-66.

²⁰ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, Margarita Alegría de la Colina *et al.*, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 2014, p. 168.

²¹ *Loc. cit.*

²² *Loc. cit.*

²³ *Ibid.*, pp. 169-170.

espiritual, es el eje de su poética: búsqueda de la virtud mediante el amor, donde la veneración purifica, cancela el deseo carnal e interioriza la ley moral. Soledad y Rafaelita, cuya alma alcanza la cima espiritual y la nobleza del arrobamiento místico, se convierten en el lugar de la norma moral. El verdadero amor es entendido así, no como un fenómeno fisiológico, de los instintos o bajas pasiones, sino interno, espiritualizado: “amar con el alma”, “amar con el corazón”. El enamoramiento es visto como emanación divina, mecanismo para transformar lo terrenal en espiritual.

Manuel definía de una manera admirable el amor que lo unía a Rafaelita, llamándola *la luz de su alma*. En las largas horas que pasaban juntos sin hablar, gozando tan solo con su presencia, el ciego casi veía con ella y por ella. Él estaba humilde, atento, casi adorándola, porque sentía en su pecho que la mujer es un ser superior; y Rafaelita, con los ojos elevados al cielo, ¡parecía aspirar esa luz que comunicaba al ciego! Así, Rafaelita se elevaba hacia Dios, llevando tras sí a Manuel.²⁴

Este discurso sentimental parte del amor ágape donde se exalta la unión espiritual que conduce a la superación de la individualidad para fundirse con el Alma divina. La poética de Castillo emana del arrobamiento místico para discurrir en/sobre la aproximación al sentimiento extático de la tradición cristiana. A diferencia de la pasión erótica que exalta el placer sensual de los cuerpos, la pasión ágape busca el placer de arrobamiento místico en el contacto íntimo de las almas, donde el deseo carnal es superado en aras de alcanzar la unión con Dios. En su estudio sobre mística, Lucero González explica que el tránsito del amor-eros al amor-ágape posee el sentido de unión en matrimonio con el “Amado Esposo Cristo”.²⁵ Santa Teresa de Jesús lo refiere como la unión íntima del alma que ocurre en el interior del corazón, acto de matrimonio muy lejos del corpóreo porque “todo es amor con amor, y sus operaciones son limpiísimas [...] para que más se satisfagan el uno del otro”.²⁶ San Juan de la Cruz describe los esponsales como la transformación del alma en el amado,²⁷ mientras que san Bernardo de Claraval como un acto que hace ver la luz del compañero con quien aspira reposar el alma, porque es el amor de esta lo que enaltece al espíritu y hace posible la fruición

²⁴ Florencio M. del Castillo, “Hermana de los ángeles”, *Obras completas*, México, Imprenta en la Calle Cerrada de Santa Teresa Número 3, 1872, pp. 249-250.

²⁵ Lucero González, “Finitud, erotismo y experiencia mística en San Juan de la Cruz”, *Open Insight*, 4, 6, 2013, p. 46.

²⁶ Santa Teresa de Jesús, “Las Moradas”, *Escritores místicos españoles*, México, CONACULTA/Océano 1999, p. 170.

²⁷ San Juan de la Cruz, *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*, Madrid, Editorial Católica, 1960.

al sentir la unidad con Cristo.²⁸ En palabras de Joseph Campbell, al ser el alma de naturaleza divina, ansía el consuelo de unirse en matrimonio con Cristo; su amor es pasión divina porque es amor puro que simboliza la “Senda Mística”.²⁹

En los esponsales místicos del amor ágape entre Rafaelita y Manuel ocurre una inversión en el sentido de relacionarse con la realidad mundana, un sentido moral donde el esposo, Manuel, encuentra en la esposa, Rafaelita, la salvación y con ellos Lorenzo, en calidad de hermano o hijo por adopción.³⁰

Lorenzo no miró a Rafaelita sino hasta el día en que asistió al casamiento de Manuel; hasta el momento en que vio sus almas lanzarse radiantes, transparentes, la una hacia la otra en las alas de la mística armonía del órgano, y luego volver mezcladas, confundidas como una lluvia de rocío celeste, a animar sus cuerpos que adquirirían cierta diafanidad indescriptible a medida que el sacerdote derramaba sobre ellas su bendición, ¡como un rayo de luz del cielo! Pero entonces Lorenzo sintió una cosa extraordinaria: le pareció como que su alma abandonaba por un momento el cuerpo e iba a mezclarse con las de Rafaelita y Manuel, a contraer con ellas un matrimonio espiritual. Y las almas de Lorenzo, de Rafaelita y de Manuel no formaban más que un todo completo, armónico, homogéneo...³¹

La boda de Manuel y Rafaelita se describe como un momento de éxtasis, cuya experiencia se percibe proveniente de Cristo; como una potencia vital que los conduce a ellos y hasta a Lorenzo a un estado de arrobamiento que los aleja de la realidad carnal y terrenal, para, por un instante, instalarlos en una dimensión incorpórea del presente, ciñéndolos a la entrega amorosa, al ágape divino e indeterminado del éxtasis.

El arrobamiento místico en *La corona de azucenas* refleja una norma en materia de la experiencia amorosa como continuidad de la religión a través del amor: el hombre tiene la necesidad de amar; la base de la religión es el amor. Éste, entonces, es la mayor prueba, pues Dios hizo del amor el más dulce precepto de su religión. Según el discurso de esta novela corta, las personas deben experimentar dicho sentimiento alguna vez en su vida, pues “mientras mayores son los dolores que sufrimos, más hermosa y pronta es la recompensa”.³² Experiencia religiosa, instante que irradia en los demás ámbitos vigorosa vida, el bien, lo verdadero, lo bello, antes enclavados en el cielo, se revelan y relevan en la tierra merced a

²⁸ San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Ivory Falls Books, 2017.

²⁹ Joseph Campbell, *Mitos de la luz*, Buenos Aires, Marea Editorial, 2017, pp. 95-96.

³⁰ Nótese aquí la triada.

³¹ Florencio M. del Castillo, “Hermana de los ángeles”, p. 255.

³² Florencio M. del Castillo, “La corona de azucenas”, p. 113.

las figura de Soledad, pues, siguiendo al narrador, el amor espiritual en tanto promesa de trascendencia está ligado no a los sentidos, sino a los sentimientos, ubicados en el interior, en el alma, en el corazón, como la fe. Por ello, los elementos naturales también están en concordancia con los estados anímicos y psicológicos de Soledad. Las flores y el personaje femenino de *La corona de azucenas* mantienen una relación simbólica: fragilidad, pureza, creación divina mediadora entre el cielo y la tierra. La imagen de las azucenas contiene una pesada carga simbólica para la tradición cristiana; sus valores espirituales abarcan la pureza virgínea tanto en la vida –durante la ceremonia del matrimonio para celebrar la castidad de la esposa–, como en la muerte –conmemorar la castidad de la mujer fallecida sin haber conocido hombre y representar la fe del alma pura e inocente merecedora del favor de Dios.³³ Entre sus prodigadas características destaca aquella de su aroma al ser mucho más agradable cuando están próximas a morir. No es casualidad, entonces, que la narración comience poco tiempo después del nacimiento de la protagonista y acabe también poco tiempo después de su fallecimiento, describiéndola cada vez más hermosa conforme se acerca a la muerte; como tampoco lo es el inmediato establecimiento del vínculo entre la calidad espiritual de Soledad y las flores:

El día 8 amaneció la enferma más bella que nunca; su rostro tenía la transparencia, la serenidad, la dulzura de una imagen; sus mejillas aparecían bañadas de un suavísimo carmín, como el que tiñe los celajes en la hora postrera del día. A las diez se vistió con sus hábitos y pidió las azucenas del día de su comunión, que había rogado le guardasen. Con sus propias manos tejió una corona sencilla, pero bella.

—Miren ustedes, dijo sonriendo a las religiosas que la acompañaban; ¡jamás en mi vida me he adornado; pero quiero en mi muerte estar muy linda!...

En seguida pidió que pusieran sobre su frente, cuando espirase, aquella corona virginal, que conservaba todavía un leve perfume de incienso.³⁴

Por su naturaleza espiritual, el alma busca alcanzar el punto en que ya no requiere estar sujeta a la materia donde mora. Plotino, por ejemplo, sugería que, para llegar al Uno, el alma debía despojarse de la forma.³⁵ Y para eso es menester elevarse mediante la purificación. Conforme al amor ágape, la glorificación eterna del alma se logra cuando esta abandona el cuerpo y trasciende de la sensualidad carnal a la espiritualidad. En este orden de ideas, para

³³ La azucena es símbolo de pureza, inocencia, pudor, castidad, majestad y gloria. *Vid.* Michel Pastoureau y Julia Bucci, *Una historia Simbólica de la Edad Media Occidental*, Madrid, Katz Editores, 2006.

³⁴ Florencio M. del Castillo, “La corona de azucenas”, p. 110.

³⁵ Plotino, *Enéadas. Textos esenciales*, Buenos Aires, Colihue, 2020.

que el alma retorne al seno de Dios –de donde proviene–, es menester purificarse en vida mediante la experiencia del sufrimiento que constituye gozo primario para lograr el matrimonio espiritual. Solo así el alma puede purificarse y escalar en los modos de amor para unirse con Dios. De esta suerte, los personajes de *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles* experimentan una serie de sufrimientos como una suerte de emulación a la pasión de Cristo. Para Soledad, por ejemplo, “habíase cumplido sin duda el número de las pruebas, y su alma tendía las alas hacia el cielo, aguardando solamente el instante de partir”.³⁶ Ese ejercicio de *imitatio Christi* y de practicar la virtud requiere morir simbólicamente para volver a nacer. Manuel y Rafael “mueren”, pero renacen después de fallecidas Rafaelita y Soledad:

Pero me queda tu memoria..... y yo la conservaré en mi pecho, como una flor nacida entre las ruinas de mi corazón, alimentada con mi sangre..... Me queda tu ejemplo; yo seguiré tus huellas; yo imitaré tus virtudes..... Ruégale al Señor que se acuerde de mí..... No he orado como debiera, pero he padecido mucho. ¡Ay! pídele que nos volvamos a ver en el cielo; allí, donde el amor es puro, ferviente, infinito.....³⁷

En “Dichos de luz y amor”, San Juan de la Cruz asentó: “alma enamorada es alma blanda, mansa, humilde y paciente”,³⁸ “alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa”.³⁹ Rafaelita simboliza no solo lo anterior, sino también las siete virtudes –Humildad, Generosidad, Castidad, Paciencia, Templanza, Temperancia y Caridad–:

Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la misión a que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fue su apoyo, la *luz de sus ojos*, para servirnos de una de las expresiones de este. Puede decirse que solo para él vivía, solo para él respiraba; y nunca, aun en las horas de más negra melancolía, lanzó el ciego un suspiro que no lo recogiera su hermana [...] Desde el momento casi de formarse su razón, tuvo que olvidarse de sí propia para consagrarse a consolar y aliviar al que veía sufrir a su lado: era un ángel alimentado con lágrimas y creado para el amor.⁴⁰

Rafaelita se conduce acorde a la vía iluminativa del amor ágape, la cual requiere conocer, amar e imitar la pasión de Jesús desde el centro de nuestra vida. La práctica de la virtud debe brotar de la convicción profunda para alcanzar la unión con su espíritu. La plegaria y la

³⁶ Florencio M. del Castillo, “La corona de azucenas”, p. 98.

³⁷ Florencio M. del Castillo, *Loc. cit.*, p. 105.

³⁸ San Juan de la Cruz, 28, *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*, p. 1128.

³⁹ *Op. cit.*, 96 (18), p. 1132.

⁴⁰ Florencio M. del Castillo, “Hermana de los ángeles”, pp. 233-234.

oración afectiva se entrelazan con el constante esfuerzo de practicar la virtud cristiana para conocer, amar e imitar a Jesús:

Educada bajo la amorosa e incesante vigilancia de la madre, su corazón se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que más tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones. Cuando el alma permanece de esta manera virgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imagen de la belleza esencial, grabadas en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfección, y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hacia el Criador, y que la obliga a concentrarse en sí misma y elevarse más allá del mundo de los sentidos para gozar anticipadamente de la dicha que la espera. Tal era, en resumen, el fondo o el carácter de Rafaelita: una mujer sencilla, criada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos e instintos, tendían a elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religión para ella no era obra de la razón, era un sentimiento de amor natural, irreflexivo, espontáneo: amaba a Dios, no porque era Dios y le había dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque había en su corazón una especie de apego, de afición, de tendencia, de parentesco –no sé cómo expresarme– hacia ese Ser infinito, del cual provenía y hacia el cual se sentía atraída [...] ⁴¹

La experiencia mística de carácter extático busca, más allá del acto de reproducción, el morir para nacer en el gozo de vivir en la continuidad del alma. En esa dialógica de vida-muerte, la propia sumisión se ofrece cual ofrenda de sacrificio. El alma individual desea y necesita continuar su existencia uniéndose al Todo que es infinitud, por lo cual busca trascender el “sí mismo” para alcanzar el arrobamiento místico, momento en que ocurre el despojo de la exterioridad individual y se entrega el alma cual “empleada que sirve a su señor como la desposada sirve a su esposo [...] con puro amor y humilde devoción”. ⁴² El amor divino, en consecuencia, requiere superar la lujuria, paso prístino para superar la dualidad alma-cuerpo y lograr la libertad en unión del alma con Dios en éxtasis místico, mitema de la pasión de Cristo, pues se ansía sufrir el dolor corporal para purificar el alma que en lo espiritual es condición necesaria para la unión salvífica. Así, el dolor constituye una especie de rito de paso, como sucede con Soledad, Rafaelita, Rafael, Manuel y Lorenzo.

El arrobamiento místico del amor ágape significa transparencia sublime y posibilidad de continuidad espiritual para el alma amante; momento de trasmutación simbólica que significa morir para renacer. Muere la sensualidad ligada al cuerpo de la persona y con su muerte se

⁴¹ Florencio M. del Castillo, *Loc. cit.*, pp. 234-235.

⁴² *Apud.* Beatriz de Nazaret, “Beatriz de Nazaret, un amor sin porqué”, Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*, Madrid, Siruela, 2008, p. 115.

trasciende hacia la vida espiritual. La unión del amor ágape conduce, por medio de la muerte, hacia la continuidad y la eternidad. Morir para vivir es condición esencial para trascender al éxtasis del matrimonio celestial.

El padre Rafael levantó la hostia al cielo y oró un momento, por aquel ángel que tan pronto iba a partir..... después la puso entre los nacarados labios de la joven, que ruborizada de ventura y de felicidad bajó los ojos al suelo..... Estaba tan hermosa, había en su rostro tanta santidad, que el padre Rafael no pudo resistir y cayó de rodillas ante ella..... Soledad lo miró bondadosamente, y levantó con lentitud su mano derecha, señalándole el cielo..... En aquel momento el sol bañó con un reflejo de oro la cabeza de aquellos dos ángeles. Parecía que Dios derramaba sobre ambos su bendición; parecía que ambas criaturas quedaban purificadas después de la sagrada ceremonia.....⁴³

Si el deseo del alma es vivir en la unión “a su esposo”, pues busca “ser un solo espíritu con él, en una confianza indisoluble y en un eterno amor”⁴⁴, pues la naturaleza del alma es recibir a Dios y la naturaleza de Dios es darse a toda alma buena,⁴⁵ dicha consumación de unión con el Uno –continuidad omnipotente del esposo y la esposa– en el alma, se da en arrobamiento místico de la muerte terrena para la vida divina. Amor en el sacrificio, autoconocimiento en el martirio y dolor transformador, son consustanciales en el amor ágape que culmina en el matrimonio espiritual entre Soledad-Rafael y Manuel-Rafaelita-Lorenzo.⁴⁶ Aunque al final de ambas novelas cortas solo Rafael y Manuel continúen su estancia en la tierra, queda sugerida la potencia amorosa del alma, a la cual no la afecta “ni el tiempo ni la carne; fluye del espíritu y permanece en el espíritu y es completamente espiritual”,⁴⁷ pues gracias al arrobamiento místico el alma se libera del tiempo lineal para ingresar a una dimensión atemporal en la que el instante es eternidad. El amor ágape ha conmovido sus almas e incentivado sus corazones para sentir el amor celeste que se desborda en desahogo deífico e inefable.⁴⁸

⁴³ Florencio M. del Castillo, “La corona de azucenas”, p. 108.

⁴⁴ *Apud.* Beatriz de Nazaret, “Beatriz de Nazaret, un amor sin porqué”, Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*, Madrid, Siruela, p. 122.

⁴⁵ *Vid.* Maestro Eckart, “Como tenéis que vivir”, 25, *El fruto de la nada y otros escritos*, Madrid, Siruela, 2008, p. 61.

⁴⁶ Nótese la importancia de los nombres no solo de estos seis personajes, sino también de los incidentales como Dolores, en el caso de *Hermana de los ángeles*.

⁴⁷ Maestro Eckhart, “La virginidad del alma”, 90, *El fruto de la nada y otros escritos*, p. 43.

⁴⁸ En varias pinturas y esculturas se aprecia cómo el imaginario religioso estampa ese momento de arrobamiento. Verbi gratia, la iconografía alrededor de Santa Teresa de Ávila como la famosa *Transverberación de Santa Teresa* de Gian Lorenzo Bernini o el *Éxtasis de la beata Ludovica Albertoni*, también del escultor italiano.

III

La corona de azucenas y *Hermana de los ángeles* podría verse entonces como la solución estética de un género literario a una de las exigencias ideológicas concomitantes a mediados del siglo XIX en México: coadyuvar a la reconfiguración de un nuevo sistema del amor *ad hoc* a las circunstancias. En pleno siglo XXI podría criticársele a ambas novelas cortas falta de verosimilitud; tachársele de estimular actitudes enfermizas –sobre todo por la continencia de Soledad, Rafael, Manuel y Rafaelita o el atípico *ménage à trois* entre dicha pareja y Lorenzo–; e incluso hasta de revolver conceptos heredados de cristianos y románticos en su planteamiento del amor al margen de la sexualidad. Sin embargo, no se deben olvidar las circunstancias que enmarcaron su redacción, así como tampoco que justo ese conglomerado de situaciones repercutió en que uno de los objetivos de *La corona de azucenas* y *Hermana de los ángeles* sea el de perpetuar el impulso amoroso como fuerza subyacente a los ideales humanos más elevados, y cuyo ímpetu puede dirigirse al mismo tiempo por canales de mayor utilidad para el desarrollo de una sociedad en ciernes. Es decir, el discurso de estas obras, constantemente reafirmado y aclarado por las numerosas intervenciones del narrador y del autor implícito, extrae el valor redentor del esfuerzo constante surgido cuando se ama; apuesta por la capacidad de producir una moralidad por medio de su potencia. La presencia inmanente del amor divino en el mundo armoniza por sí mismo y justifica los elementos de la realidad porque es el motor que impulsa todos los procesos.

En el siglo XIX la novela produjo una alegoría compleja de la nación y sus problemas mediante la imagen de la familia y de las relaciones interpersonales que la fundan y la custodian. El amor entre Soledad y Rafael como entre Manuel, Rafaelita y Lorenzo apuntala un orden reconstituido ante una realidad social desgarrada, deforme, mal organizada, que busca corregir, por ejemplo, con la “adopción” de Luis y, a su vez, otorgar una legitimidad tanto a este como a la pareja en su propia orfandad e incompletud –posible esterilidad por parte de Manuel o Rafaelita, necesidad de una amistad masculina por parte de aquel o simple castidad y continencia–. Planteado de esta forma, el concepto de amor que irradia la poética de Castillo apuesta al encantamiento de la interioridad al retratar personajes cuya alma alberga no sólo la exaltación de sentimientos puros, sino también la norma moral que debe gobernarlos; lo cual permite imaginar una sociedad donde los individuos se entreguen con ahínco a dicho ideal, evitando al mismo tiempo vínculos ilegítimos entre hombres y mujeres.

En síntesis, se trata de transmutar el amor en fundamento sempiterno, delta religioso y moral. Puritanismo romántico o cristianismo transformado por el romanticismo, uno de los objetivos de estas novelas cortas posiblemente fuese crear cimientos retóricos sobre los cuales reorganizar un nuevo sistema del sentimiento amoroso de acuerdo con las necesidades del momento.

Referencias

- Campbell, Joseph. *Mitos de la luz*, Buenos Aires, Marea Editorial, 2017.
- Castillo Ledón, Luis. “La novela mexicana”, *El Diario de México*, 28 de octubre de 1901, p. 6.
- Castillo, Florencio M. del. “La corona de azucenas”, *Obras completas*, México, Imprenta en la Calle Cerrada de Santa Teresa Número 3, 1872, pp. 53-113.
- Castillo, Florencio M. del. “Hermana de los ángeles”, *Obras completas*, México, Imprenta en la Calle Cerrada de Santa Teresa Número 3, 1872, pp. 217-348.
- Claraval, San Bernardo de. *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Ivory Falls Books, 2017.
- Cruz, San Juan de la. *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*, Madrid, Editorial Católica, 1960.
- Eckhart, Maestro. *El fruto de la nada y otros escritos*, Madrid, Siruela, 2008.
- González, Lucero. “Finitud, erotismo y experiencia mística en San Juan de la Cruz”, *Open Insight*, 4, 6, 2013, p. 43-68.
- Jesús, Santa Teresa de. “Las Moradas”, *Escritores místicos españoles*, México, CONACULTA/Océano, 1999, pp.101-262.
- L., E. “Presentación”, en Florencio M. del Castillo, *Hermana de los ángeles*, México, Premia, 1982, pp. 7-8.
- Martínez, José Luis. “México en busca de su expresión”, *Historia general de México*, México, COLMEX, 2000, pp. 707-756.
- Nazaret, Beatriz de. “Beatriz de Nazaret, un amor sin porqué”, en Cirlot, Victoria y Blanca Garí, *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Madrid, Siruela, 1999, pp. 97-126.
- Pimentel, Francisco. “Novelistas y oradores mexicanos”, *Obras completas*, T. V, México, Tipografía Económica, 1904, pp. 257-508.
- Plotino. *Enéadas. Textos esenciales*, Buenos Aires, Colihue, 2020.
- Zarco, Francisco. “Discurso sobre el objeto de la literatura”, Margarita Alegría de la Colina et al., *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 2014, pp. 165-176.
- Zarco, Francisco. “Hermana de los ángeles por D. Florencio María del Castillo”, *La Ilustración Mexicana*, T. V, México, 1855, pp. 153-156.